salutatio*patris*generalis



Educar salva

Carta a los hermanos
NOVIEMBRE 2026

Queridos hermanos y hermanas en las Escuelas Pías,

Hay recuerdos que no se borran porque, de alguna manera, forman parte de lo que somos. Uno de los míos es la fiesta de San José Calasanz, el 27 de noviembre, cuando era alumno de la Escola Pia Balmes, en Barcelona. La sensación de que aquel día era *nuestro*, de que formábamos parte de algo más grande que nuestra clase. Entonces no lo sabía explicar, pero lo intuía: aquel santo tenía que ver conmigo.

Con los años la he vivido desde lugares muy distintos, como alumno, como escolapio y como maestro, y estoy seguro de que muchos de vosotros guardáis también el recuerdo de un maestro, de una conversación o de un momento aparentemente insignificante que, sin embargo, atesoramos en nuestra memoria. De ellos, **de los educadores y de la educación**, quiero hablaros en esta *Salutatio*.

Una profesión que necesita ser cuidada

La educación atraviesa una de esas encrucijadas históricas que obligan a **revisar muchas de nuestras certezas**. Cambian las sociedades, las familias, las formas de aprender, las tecnologías, los lenguajes y las expectativas. Cambian también las necesidades de los niños, niñas y jóvenes que llegan a nuestras aulas.

Y, en medio de todo ello, están los educadores. A ellos quiero dedicar, en primer lugar, **una palabra de gratitud**.

Gracias

Lo digo en voz alta: **GRACIAS**. Gracias por el trabajo inmenso que se está realizando en nuestras escuelas y obras educativas. Bravo por tanta creatividad, tanta paciencia, tanta generosidad y compromiso, por tantas horas que nadie ve. Ánimos para seguir buscando respuestas a retos que hace unos años ni imaginábamos.

Cuando varios educadores, el tutor, el orientador, el logopeda, se ponen de acuerdo para acompañar a un solo alumno. Cuando maestros y familias sellan una alianza bonita y exigente a la vez para que un niño pueda llegar cada día a la escuela y volver a casa. Cuando tutores y directores conocen no solo al alumno, sino también a su familia y su contexto, y se preocupan por ellos. Cuando un equipo rellena informes y llama a todas las puertas para conseguir un desayuno o una merienda y asegurar que ese alumno come bien al menos una vez al día. Cuando hay espacios para que los alumnos puedan expresarse y nosotros disponemos de tiempo para escucharlos. Cuando podemos acompañarlos también espiritualmente, con espacios para rezar y para sentirse amados.

El Papa León XIV escribe de los educadores que ***su testimonio vale tanto como su lección***[1]. ¡Gracias! De verdad. Lo que hacéis es extraordinariamente importante.

Pero sé también que **muchos llegan al final de la jornada agotados**. En ocasiones pedimos a la escuela que resuelva problemas que toda la sociedad debería asumir. Y pedimos a los maestros que sean, simultáneamente, educadores, orientadores, mediadores, expertos tecnológicos, gestores de conflictos y terapeutas familiares. No podemos exigirles que lo sean todo.

Lo afirmo con convicción: **cuidar de quien cuida es parte de nuestra misión.** Una escuela que no cuida a sus maestros difícilmente podrá cuidar bien a sus alumnos.

1.- Papa León XIV, Diseñar nuevos mapas de esperanza, n. 5.

Los retos que tenemos delante

Nombrar los retos es ya empezar a afrontarlos juntos. El reto de una inclusión que todos deseamos, pero que sin recursos corre el riesgo de convertirse en una carga imposible y en una fuente de frustración. El de la convivencia: el clima del aula, la gestión de grupos cada vez más diversos, la lucha decidida contra el acoso escolar. El del mundo digital, que abre oportunidades enormes y, a la vez, genera nuevas injusticias, como la brecha entre quienes acceden a una inteligencia artificial, y quienes no, y nuevas heridas: la adicción, o lo que el Papa Léon llamaba hace unos días *soledades digitales*[2]. El de una alianza con las familias, a veces difícil, siempre necesaria. El de unas leyes y políticas educativas que cambian con frecuencia sin escuchar lo suficiente a quienes están en el aula.

Y, sobre todo, el **reto de seguir ofreciendo sentido**. Cuando visito nuestras escuelas, una de mis mayores alegrías es escuchar a los alumnos. ¡Casi siempre, me dicen que para ellos **la escuela es una familia**! Es justo lo que pedía el Papa León en este mismo congreso: que nuestras escuelas sean un hogar, *un lugar familiar donde se es esperado*[3]. El reto es que lo sea para todos.

La vergüenza de una promesa incumplida

Después de tantos siglos, todavía hay millones de niños y niñas que no pueden ir a la escuela. Según el último *Informe de seguimiento de la educación en el mundo* de la UNESCO[4], son **273 millones** de niños, niñas y jóvenes: uno de cada seis en edad escolar. Y **la cifra ha crecido por séptimo año consecutivo**. Muchos de los que están escolarizados no reciben una educación de calidad. Otros abandonan prematuramente sus estudios, aprenden en condiciones indignas o viven situaciones de exclusión que comprometen gravemente su futuro.

2.- Papa León XIV, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la pastoral escolar y universitaria*, Aula Pablo VI, 22 de octubre de 2026.

3.- *Ibidem*.

4.- UNESCO, *Informe de seguimiento de la educación en el mundo 2026 (Informe GEM), París, UNESCO, 25 de marzo de 2026. No incluye unos 13 millones más en 10 países afectados por conflictos.*

Es una vergüenza.

Lo digo con toda la fuerza de esta palabra. **Es una vergüenza que la humanidad todavía no haya sido capaz de garantizar una escuela para todos.** Y es también una vergüenza que, para tantos niños, el lugar donde nacen o los recursos económicos de su familia continúen determinando sus posibilidades educativas.

No podemos acostumbrarnos a esta injusticia. Aquí aparece una pregunta que no deberíamos eludir: ¿hemos terminado considerando estas situaciones como parte inevitable del mundo en que vivimos?

Lo fundamental: educar salva

Calasanz comprendió algo decisivo cuando empezó a encontrarse con los niños pobres de Roma: la falta de educación no era simplemente una carencia cultural. Era una herida en la dignidad humana, una condena a la exclusión, una puerta cerrada al futuro.

Hoy, cuatro siglos después, su intuición sigue intacta: ***educar salva*. Literalmente.**

Salva a la persona y transforma la sociedad

Calasanz no pensaba solo en cada niño, sino en la **sociedad entera**. En las Constituciones que él escribió, y cuya inspiración recogen también nuestras Constituciones actuales, afirma que la misión de educar es decisiva, porque *la reforma de la sociedad cristiana radica en la diligente práctica de esta misión*[5].

Hoy las ciencias sociales confirman la intuición de Calasanz. La escuela es uno de los grandes ***motores de movilidad social***. La OCDE señalaba en 2018[6] que, en sus países, los descendientes de una familia de bajos ingresos podían necesitar una media de hasta **cinco generaciones para alcanzar la renta media**. Son cifras que impresionan y nos recuerdan hasta qué punto el futuro de una persona sigue condicionado por el lugar donde nace. Una buena educación puede contribuir decisivamente a cambiar esa historia.

Una escuela puede salvar a un niño o a una niña de la explotación, de la violencia, de la exclusión o de un futuro que parecía decidido de antemano. Puede ayudar a cada alumno y a cada alumna a descubrir que su vida tiene un valor inmenso, tanto como la de cualquier otra persona. Puede romper el círculo de la pobreza y **abrir oportunidades que el origen familiar parecía negar**.

Un trampolín que ensancha el horizonte

Educar salva, porque abre oportunidades. **La escuela es un *trampolín***: ensancha el horizonte vital de nuestros alumnos. Lo vemos cada día en nuestras escuelas, en nuestros hogares, en nuestros centros socioeducativos, como los de Itaka-Escolapios, y de tantas otras instituciones. Cuando a un niño, a una niña o a un joven le cambia la cara porque, al cruzar la puerta de la escuela, por fin se siente *seguro*: respetado, cuidado, y protegido. Cuando una beca permite que alguien siga estudiando. Cuando crecen en autonomía y descubren que pueden. Cuando trabajamos los valores y cuidamos el clima no solo del aula, sino también de la calle. Cuando les confiamos responsabilidades reales, como ser delegados de clase o participar en el consejo escolar, y descubren que su voz cuenta... Podría seguir, pero la lista sería larguísima. Cada uno de vosotros sabría completarla con nombres y rostros concretos.

Por supuesto, la escuela no puede resolver por sí sola todas las injusticias. Pero sin educación será mucho más difícil superarlas.

Salva, también, en el sentido más hondo

Cuando decimos que *educar salva*, los cristianos decimos todavía algo más.

El cristianismo anuncia que Dios no salva a la persona por encima de su historia, sino desde dentro de ella. Este es el **misterio de la Encarnación**. En Jesús, Dios asume nuestra condición humana, comparte nuestra fragilidad y abre des-

5.- Constituciones de la Orden de las Escuelas Pías, n. 5, *Concilios Ecuménicos, Santos Padres, filósofos de recto criterio afirman unánimes que la reforma de la Sociedad Cristiana radica en la diligente práctica de esta misión. Pues si desde la infancia el niño es imbuido diligentemente en la Piedad y en las Letras, puede preverse, con fundamento, un feliz transcurso de toda su vida.*

6.- OCDE, *A Broken Social Elevator? How to Promote Social Mobility, OECD Publishing, París, 15 de junio de 2018. En algunos países hasta nueve u once, para alcanzar la renta media.*

de dentro de nuestra historia un horizonte de vida nueva.

Por eso, para nosotros, la salvación no puede entenderse únicamente como una promesa reservada al futuro. La salvación plena es don de Dios, pero **sus signos comienzan a manifestarse ya en la vida de las personas**: cuando se recupera una dignidad negada, cuando se abre una posibilidad de futuro, cuando alguien descubre que es amado y que su existencia tiene sentido.

Por eso, para Calasanz, **el aula es un lugar teologal**. En el rostro del *niño pobre* él reconoció el rostro de Cristo. Y escuchó como dirigidas a él las palabras del Evangelio: *Dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis* (Mc 10,14). Toda barrera que impide a un niño aprender, sea la pobreza, la exclusión, la falta de recursos o nuestra propia indiferencia, es, en cierto modo, un obstáculo que se interpone entre ese niño y el Reino.

La educación no sustituye la salvación que viene de Dios. Pero **puede convertirse en un lugar privilegiado donde esa salvación comienza a hacerse visible**: abre a la persona a su verdad, a su dignidad como hija e hijo de Dios, a la vida plena.

Piedad y Letras: nuestra identidad

Calasanz nos dejó una expresión que resume admirablemente su intuición: **Piedad y Letras**. No es un lema del pasado. **Es nuestra identidad**. Es lo que hace que una escuela sea *escolapia*.

Las *Letras* representan el acceso al conocimiento, a la cultura, al pensamiento, al lenguaje y a las capacidades que nos permiten comprender el mundo y transformarlo. La *Piedad* nos abre a Dios, nos ayuda a reconocer nuestra dignidad, a descubrir el sentido de nuestra existencia, nos enseña a vivir desde la fe y a orientar nuestra libertad hacia el bien y el servicio a los demás.

Piedad y Letras es algo más que una formulación pedagógica de la educación integral. Subraya que **lo espiritual** no es un complemento ni una asignatura más: **es lo que nos sostiene en la vida**. Cuando lleguen la fragilidad, el fracaso, la pérdida o la pregunta por el sentido, nuestros alumnos necesitarán algo más que conocimientos. Necesitarán saberse amados por Dios y tener una vida interior en la que apoyarse.

Nuestras Constituciones lo recogen con palabras que **nacen del corazón de Calasanz**: *Esta misión educadora tiende a la formación integral de la persona de modo que nuestros alumnos amen y busquen siempre la verdad, y trabajen esforzadamente como auténticos colaboradores del Reino de Dios en la construcción de un mundo más humano… Así, progresando a diario en la libertad, logren un feliz transcurso de toda su vida y alcancen la salvación eterna*[7].

Esa es la tarea que se nos confía: acompañar vidas que no nos pertenecen, pero que Dios pone en nuestras manos. Por eso, en esta *Salutatio* dedicada a nuestro ministerio, os dejo una sola pregunta, para llevarla a vuestras comunidades, claustros y equipos:

¿Qué oportunidades de vida estamos haciendo posibles que, sin nuestra presencia, no existirían?

Señor Jesús, Maestro de vida, ayúdanos a reconocer tu presencia en cada niño y niña que nos confías.
Cuida a nuestros educadores y danos sabiduría y valentía para abrir caminos de esperanza.
Que, siguiendo a San José Calasanz, nuestra educación sea siempre fuente de vida, dignidad y salvación.

Amén.

P. Carles Sch.P.
Padre General

7.- Constituciones de la Orden de las Escuelas Pías, n. 92.